

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/341164530>

"La eucaristía como forma última de encarnación en las Homilías sobre la Primera Carta a los Corintios de san Juan Crisóstomo", Revista Estudios Trinitarios (2019) LIII/3, pp. 513- ...

Article · December 2019

CITATIONS

0

READS

817

1 author:



Mª Inmaculada Delgado Jara

Universidad Pontificia de Salamanca

48 PUBLICATIONS 14 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Grupo de investigación LETRA [View project](#)

La Eucaristía como forma última de encarnación en las Homilías sobre la Primera Carta a los Corintios de san Juan Crisóstomo¹

INMACULADA DELGADO JARA
Universidad Pontificia de Salamanca

Resumen: El artículo está dividido en tres partes: una breve introducción, una presentación resumida de la doctrina eucarística de san Juan Crisóstomo y, una tercera parte, donde mostramos y comentamos los textos donde el antioqueño expone su doctrina sobre la Eucaristía dentro de la obra

¹ Este trabajo se enmarca dentro de los Proyectos de investigación “Tradición clásica y patristica y exégesis bíblica en el Humanismo (Monarquía mística de Lorenzo de Zamora y Epistolario de Pedro de Valencia)”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (MINECO) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), FF12015-65007-C4-4-P; «Difusión del patrimonio pedagógico occidental [siglos XIV-XVII]. Digitalización, traducción y estudio de fuentes inéditas del humanismo», aprobado, el 18 de octubre de 2016, por el Ministerio de Economía y Competitividad. Programa Estatal de I+D+i Orientada a los Retos de la Sociedad (España), con N° de referencia: EDU2616-79080R.

Homilias sobre la Primera Carta a los Corintios: en la *Homilía* 8 (comentando 1 Cor 3,1-3), en las *Homilias* 23, 24, 27 y 28 al hilo de su comentario a los capítulos 10 y 11 de la carta; y también en las *Homilía* 34 (desarrollando 1 Cor 13,12), 36 (aludiendo a 1 Cor 14,20) y 41 (interpretando 1 Cor 15,35-36). Fuera de estos pasajes, también son otros muchos los lugares –dentro de su prolífica obra– donde habla de ello y siempre con la mayor claridad y exactitud. De ahí que fuera proclamado *doctor eucharistiae*.

Palabras clave: Eucaristía, encarnación, san Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Primera Carta a los Corintios*, san Pablo

Abstract: The article is divided into three parts: a brief introduction, a summary presentation of the Eucharistic doctrine of St. John Chrysostom and a third part, where we show and comment on the texts where the Antiochene exposes his doctrine on the Eucharist within the work *Homilies on the First Letter to the Corinthians: in Homily 8* (commenting on 1 Co 3,1-3), in *Homilies* 23, 24, 27 and 28 further to his commentary on chapters 10 and 11 of the letter; and also in *Homily* 34 (developing 1 Co 13,12), 36 (referring to 1 Co 14,20) and 41 (interpreting 1 Co 15,35-36). Apart from these passages, there are also many other places -in his prolific work- where he talks about it and always with the greatest clarity and accuracy. That is why he was proclaimed *doctor Eucharistiae*.

Keywords: Eucharist, incarnation, Saint John Chrysostom, *Homilies On First Corinthians*, Saint Paul.

I. INTRODUCCIÓN

San Juan de Antioquía, apodado en el siglo VI *Chrysóstomos* –«Boca de Oro»– por su elocuente predicación de una incalculable cantidad de homilias especialmente durante los doce años que ejerció en su ciudad como presbítero², también se ganará el

² Cf. Ch. Kannengiesser, *Handbook of Patristic Exegesis. The Bible in Ancient Christianity*, Brill, Leiden – Boston 2006, vol. I, 784-786.

sobrenombre de *doctor eucharistiae*, «Doctor de la Eucaristía³», gracias a su clarificadora exposición sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía y sobre el carácter sacrificial de la misma, con especial referencia a las relaciones entre el sacrificio de la Misa y el de la Cruz⁴. En sus obras se pueden encontrar numerosos, significativos y precisos testimonios de una reflexión teológica, espiritual y parenética sobre el misterio de la Eucaristía y su incidencia en la vida de la comunidad cristiana.

En los textos del Nuevo Testamento, Crisóstomo encuentra una forma de entender la comunión eucarística, llevando a plenitud las formulaciones prefiguradas en el Antiguo: la Encarnación. A lo largo de las 44 homilías donde comenta exegéticamente la primera carta a los Corintios profundizará en el modo en que las palabras de Cristo *esto es mi cuerpo* producen el cambio del pan en el Cuerpo del Señor. Es Él el verdadero sacerdote del altar, donde ofrece un sacrificio que es el mismo sacrificio de la cruz; el sacerdote tiene en sus manos el mismo Cuerpo de Cristo que estuvo aquí en la tierra; y todo esto es tan real que en la última cena Cristo se bebió su misma sangre⁵.

II. SU DOCTRINA EUCARÍSTICA

Antes de dar paso a los textos propiamente dichos, exponemos una serie de ideas de la doctrina eucarística del antioqueno⁶.

³ Cf. A. Naegle, *Die Eucharistielehre des Heiligen Johannes Chrysostomus, «des Doctor Eucharistiae»*, Kessinger Publishing, Freiburg 1900.

⁴ Cf. J. Rico Pavés, *Los sacramentos de la iniciación cristiana. Introducción teológica de los Sacramentos del Bautismo, Confirmación y Eucaristía*, Inst. Teológico San Ildefonso, Toledo 2006, 195; J. A. Gil-Tamayo – J. M. Fidalgo, *Patrología*, Eunsá, Pamplona 2019, 160.

⁵ Cf. E. Moliné, *Los Padres de la Iglesia. Una guía introductoria*, Ediciones Palabra, Madrid 1995, 3 ed., 492.

⁶ Cf. S. Zincone, «La dottrina sull'Eucaristia nei Padri antiocheni», en: AA.VV., *Dizionario di Spiritualità biblico-patristica (20. L'Eucaristia nei Padri della Chiesa)*, Edizioni

1. El término: Crisóstomo se centra en el significado del término «Eucaristía», que indica los misterios que inspiran temor y están llenos de salvación y se celebran en cada synaxis. Tales misterios se llaman así porque constituyen el memorial de muchos beneficios, muestran la culminación de la providencia de Dios y nos disponen a dar gracias en todo momento⁷. Por lo tanto, conecta estrechamente la acción de gracias con la obra benéfica y providente de Dios, de la cual la Eucaristía es un testigo privilegiado. El sacerdote, cuando se ofrece el divino sacrificio eucarístico, nos invita a dar gracias a Dios por los que antes fueron y por los que son ahora, por los que nos han precedido y por los que han de seguir⁸; esta actitud nos aleja de la tierra y nos transporta al cielo, transforma a los hombres en ángeles⁹.

2. La eucaristía como sacrificio sagrado¹⁰: el antioqueno insiste en el carácter sacrificial de la Eucaristía designándolo a menudo

Borla, Roma 1998, 189-195; E. Michaud, "Saint Jean Chrysostome et l'eucharistie", *Revue Internationale de théologie* 11 (1903) 93-111; S. Salaville, "L'Épiclese d'après saint Jean Chrysostome et la tradition occidentale", *Échos d'Orient* 11 (1908) 101-112; J. Marsaux (ed.), *Jean Chrysostome. L'eucharistie, école de vie: sélection de sept homélies sur l'eucharistie*, Collection Les Pères dans la foi 99, Migne, Paris 2009.

⁷ Cf. D. Ruiz Bueno, *Obras de San Juan Crisóstomo I. Homilía 25, 3 sobre el Evangelio de San Mateo*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2007, 2 ed., vol. I, 521: «De ahí que también Pablo decía: *Sed agradecidos* [Col 3,15]. La mejor guarda del beneficio es la memoria del mismo beneficio y la continua acción de gracias. Por eso justamente los tremendos misterios, llenos de gracia de salvación, que celebramos en toda reunión de culto, reciben el nombre de Eucaristía, es decir, de acción de gracias, pues son memorial de muchos beneficios de Dios, nos ponen delante la manifestación capital de la providencia y nos disponen a nosotros mismos a dar en todo momento gracias a Dios».

⁸ Cf. *Liturgia de san Juan Crisóstomo* (PG 63, 907.912.917.921).

⁹ Cf. D. Ruiz Bueno, *Obras de San Juan Crisóstomo I. Homilía 25, 3 sobre el Evangelio de San Mateo...*, 522.

¹⁰ Cf. J. Solano, *Textos eucarísticos primitivos. I. Hasta fines del siglo IV*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1996, XXII-XXVIII.

como un sacrificio sagrado¹¹ que infunde en aquellos que participan en él un sentimiento de respeto ansioso, casi de asombro¹². Utiliza términos como «terrible», «tremendo», «inefable». Cuando nuestro orador comenta en la *Homilía* 24, 2 el texto de 1 Cor 10,16, donde se hace referencia al pan que se rompe, observa que Cristo en la oblación eucarística sufre lo que no sufrió en la cruz, cuando no se le quebrantó ningún hueso, de acuerdo con lo que se había anunciado en Ex 12,46 y Núm 9,12, «y lo que no padeció en la cruz [cf. Jn 19,33–36], esto lo padece en la oblación por ti, y sufre el ser dividido, para satisfacer a todos los hombres». Cristo nos sació con su santa carne, ofreciéndose en sacrificio; el banquete eucarístico que se celebra actualmente no difiere de aquel en que Cristo estuvo presente, porque en él no es un hombre el que opera, sino el Señor mismo que actúa a través del sacerdote¹³.

¹¹ Cf. B. Altaner, *Patrología*, Espasa-Calpe, Madrid 1962, 305.

¹² Cf. *Expositio in Psalmos* 140, 4 (PG 55, 433); *Homilía* 2, 6 *De proditiōne Iudae* (PG 49,390); *Homilía* 24, 3 *sobre la Primera Carta a los Corintios* (PG 61, 203); *Diálogo sobre el sacerdocio* 6, 4 (Biblioteca Patristica 57, 152): «El que intercede por todos ha de aventajar en todo, en la medida que es natural que el superior aventaje a los subordinados. Dime dónde lo colocaremos cuando invoca al Espíritu Santo, celebra el sacrificio que infunde sobremana un temor santo y está unido continuamente con el común Señor de todos. ¿Cuánta pureza y piedad le exigiremos? Piensa cuáles deben ser las manos que han de servir estos ministerios, cuál debe ser la lengua que pronuncie estas palabras y a quién no debe superar en pureza y santidad el alma que ha recibido un Espíritu tan grande. En este momento, los ángeles están asistiendo al sacerdote, y todo el estrado y el presbiterio se llenan de Potencias celestes en honor del que está allí. Lo que se celebra en ese momento es suficiente para convencerse».

¹³ Cf. D. Ruiz Bueno, *Obras de San Juan Crisóstomo II. Homilía* 50, 3 *sobre el Evangelio de San Mateo*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2007, 2 ed., vol. II, 78-79: «Creed, pues, firmemente que esta es aquella misma cena en que estuvo Él mismo sentado. No hay diferencia alguna entre la del cenáculo y la del altar. Y no puede decirse que esta la hace un hombre y aquella la hizo Cristo, sino Cristo también esta. Cuando veas, pues, al sacerdote que te da el pan consagrado, no pienses que es el sacerdote quien te lo da, sino mira la mano de Cristo misma tendida hacia ti. Porque al modo que, cuando te bautiza, no es el sacerdote quien te bautiza, sino Dios

3. La Eucaristía y la gracia del Espíritu: nuestro autor destaca también cómo no podrían existir el cuerpo y la sangre del misterio eucarístico sin la gracia del Espíritu¹⁴. Cuando comenta exegéticamente 1 Cor 12,13 en la *Homilía* 30, dice: «*Y todos bebimos un [mismo] Espíritu [1 Cor 12,13]. Pues tampoco el cuerpo es un miembro, sino muchos [1 Cor 12,14].* Es decir, vinimos a la misma iniciación de los misterios, disfrutamos de la misma Mesa. ¿Y por qué no dijo «Somos alimentados por el mismo cuerpo, y bebemos la misma sangre»? Porque cuando dijo «Espíritu», les dio a entender ambos, tanto la carne como la sangre; pues a través de ambos «bebemos un [mismo] Espíritu». Y a mí me parece que ahora habla de esa venida del Espíritu, que tiene lugar en nosotros después del Bautismo y antes de los Misterios»¹⁵.

4. La presencia real de Cristo en la Eucaristía¹⁶: como bien es sabido, Crisóstomo se distingue por su fuerte vivacidad y realismo en la instrucción moral de sus oyentes; desde esta cualidad suya, afirma de manera clara la presencia del cuerpo y de la sangre de Cristo en la Eucaristía¹⁷. Por tanto, es absolutamente necesario comer el cuerpo de Cristo. Cristo quiso ser nuestro hermano, por nosotros ha tenido en común la carne y la sangre, y al mismo tiempo, nos da carne y sangre, por las que se ha convertido en

mismo quien con poder invisible sostiene tu cabeza, y no un ángel ni un arcángel ni otro alguno se atrevería a acercarse y tocarla, así también es aquí».

¹⁴ Cf. D. Ruiz Bueno, *Obras de San Juan Crisóstomo II. Homilía* 50, 3 *sobre el Evangelio de San Mateo...*, 80: «La iglesia no es un museo de oro y plata, sino una reunión de ángeles. Almas son lo que necesitamos, pues por las almas quiere Dios los vasos sagrados. No era de plata, en la cena última, la mesa aquella, ni el cáliz en que el Señor dio a sus discípulos su propia sangre. En cambio, ¡qué precioso era todo aquello y qué venerable, como lleno que estaba del Espíritu Santo!».

¹⁵ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV. Homilias sobre la Primera Carta a los Corintios*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2012, 742-743.

¹⁶ Cf. E. Michaud, “Saint Jean Chrysostome et l’eucharistie”..., 97-98.

¹⁷ A. Hamman – M. Maritano, “Eucharistic”, en: A. di Berardino (ed.), *Encyclopedia of Ancient Christianity*, Casa Editrice Marietti, Genova-Milano 2006-2008, vol. I, 857.

nuestro consanguíneo¹⁸. Encarnación y eucaristía están aquí estrechamente conectadas en una síntesis eficaz que describe el proyecto de salvación de Cristo, que no solo asume la naturaleza humana, sino que de alguna manera la restaura en el sacramento eucarístico para la redención del hombre¹⁹.

5. La disposición interior para acercarse a la Eucaristía: se deduce de lo anterior. Insiste en la disposición interior que debemos tener los que participamos de la mesa eucarística. En la *Homilía 28,1 sobre la Primera Carta a los Corintios* (cf. infra) lo expresa claramente: «mucho menos debemos participar de esta sagrada Mesa con bajas concupiscencias, que son peores que las fiebres. Cuando digo bajas concupiscencias, quiero decir las de la carne, las de las riquezas, las de la ira, las del rencor; en una palabra, todas las bajas pasiones. Quien se acerca a tocar este puro sacrificio conviene que se haya despojado completamente de todas estas cosas»²⁰. Es decir,

¹⁸ Cf. *Homilía 46, 3 a Juan* (PG 59, 260-261): “Pues por eso hizo lo mismo Cristo [refiriéndose a Jb 31,31] induciéndonos a mayor amistad, y demostrándonos su amor ardentísimo hacia nosotros; ni sólo permitió a quienes le aman verle, sino también tocarle, y comerle, y clavar los dientes en su carne, y estrecharse con Él, y saciar todas las ansias del amor. Salgamos, pues, de aquella mesa, como leones, respirando fuego, terribles a Satanás, con el pensamiento fijo en nuestro Capitán y en el amor que nos ha mostrado. Ciertamente, muchas veces los padres entregan los hijos a otros para que los sustenten; mas Yo, dice, no así, antes os alimento con mi propia carne, a Mí mismo me presento por manjar, deseoso de que todos seáis nobles, y ofreciéndoois buenas esperanzas acerca de los bienes venideros. Porque quien aquí se os dio a sí mismo, mucho más en la vida venidera. Quise hacerme hermano vuestro; por vosotros participé de carne y sangre; de nuevo os entrego la carne y la sangre, por medio de las cuales me hice pariente vuestro”. Traducción extraída de J. Solano, *Textos eucarísticos primitivos. I. Hasta fines del siglo IV...*, 570-571.

¹⁹ Cf. S. Zincone, “La dottrina sull’Eucaristia nei Padri antiocheni”..., 192. Cf. *Homilía 24,1 sobre la Primera Carta a los Corintios*, infra.

²⁰ Incluso en otro pasaje, en la *Homilía De proditiōne Iudae 2,6* (PG 49, 390), Crisóstomo exhorta a depurar los malos pensamientos, a purificar el corazón, a santificar el alma, a renunciar a la ira y a poner fin a la enemistad, para que la medicina

el momento oportuno para acercarse a la comunión eucarística está simbolizado por la pureza de conciencia²¹.

6. Actualización de la Eucaristía: Crisóstomo afirma que si se quiere honrar el cuerpo de Cristo no se debe permitir que perezca debido al frío y la desnudez en la persona indigente y sufriente, porque ha dicho «Este es mi cuerpo». En la *Homilía 27,4 sobre la Primera Carta a los Corintios* (cf. infra) lo expresa muy vivamente en los siguientes términos: «Por tanto, si te acercas a la Eucaristía, no hagas nada indigno de ese sacrificio: ni avergüences a tu hermano, ni desprecies al que tiene hambre, ni te embriagues, ni ultrajes a la Iglesia. Pues te acercas a dar gracias por lo que has recibido; por consiguiente, da tú también algo a cambio, y no te apartes de tu prójimo»²². Se deduce, así pues, una fuerte invitación de nuestro autor a tomar ejemplo de la participación común en la

de la remisión de los pecados pueda tomarse en la mesa eucarística. Cf. S. Salaville, “L'Épîclèse d'après saint Jean Chrysostome et la tradition occidentale”..., 102.

Cf. también R. Brändle, *Jean Chrysostome «saint Jean bouche d'or» (349-407). Christianisme et politique au IV^e siècle*, Les Éditions du Cerf, Paris 2003, 70-71.

²¹ Cf. D. Ruiz Bueno, *Obras de San Juan Crisóstomo II. Homilía 82, 5 sobre el Evangelio de San Mateo...*, 625: «Por eso es menester que por todos los medios vigilemos, pues no es pequeño el castigo de quienes indignamente participan de la Eucaristía. Considerad cómo os irritáis contra el traidor y contra los que crucificaron a Cristo. Pues mirad no os hagáis también vosotros reos del cuerpo y de la sangre de Cristo. Ellos mataron aquel cuerpo santísimo, y tú le recibes con alma sucia después de tan grandes beneficios. Porque no le bastó haberse hecho hombre y dejarse abofetear y crucificar, sino que se une con nosotros y, no sólo por la fe, sino en la realidad misma, nos hace un cuerpo consigo. ¿Quién, por ende, debiera ser más puro que el que goza de este sacrificio? ¿Qué rayos del sol debieran ser más esplendentes que la mano que corta esta carne, que la boca que se llena de este fuego espiritual, que la lengua que se enrojece de esta sangre sobre toda veneración venerable? Considerad el honor que se os concede, la mesa de que disfrutáis. Lo que contemplan los ángeles temblando, lo que no se atreven a mirar sin temor cara a cara por el resplandor que de allí irradia, de eso nos alimentamos nosotros. Con eso nos unimos estrechamente, y venimos a ser con Cristo un solo cuerpo y una sola carne».

²² Cf. también D. Ruiz Bueno, *Obras de San Juan Crisóstomo II. Homilía 50, 3 sobre el Evangelio de San Mateo...*, 81, comentando el versículo de Mt 25,42.45.

mesa eucarística, de la que tanto ricos como pobres obtienen un beneficio espiritual, para compartir también la mesa material en un clima de hermandad alcanzado en la Eucaristía, sacramento de paz²³. El amor cristiano es algo más que simple filantropía, ya que está cargado de contenidos que esta no conoce: en el pobre está presente Cristo; en cada ser humano que sufre es él el que sufre²⁴.

III. PRESENTAMOS A CONTINUACIÓN LOS PRINCIPALES **TEXTOS** DONDE SAN JUAN CRISÓSTOMO HABLA DE LA DOCTRINA EUCARÍSTICA EN LAS *HOMILÍAS SOBRE LA PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS*

La primera alusión a la Eucaristía la encontramos en la *Homilía 8, 1²⁵* (PG 61, 69). En ella Crisóstomo aborda el tema de las mediaciones humanas subrayando especialmente cómo la actuación de Dios se realiza también a través de hombres indignos. Tras hacer referencia a diferentes pasajes de la Escritura donde esto queda patente, afirma:

Sucede a veces que [...] laicos puedan vivir en piedad, y sacerdotes en maldad: y no habría bautismo, ni cuerpo de Cristo, ni oblación por medio de ellos, si en todas partes la gracia exigiese dignidad [proporcionada a ella].

²³ Cf. D. Ruiz Bueno, *Obras de San Juan Crisóstomo II. Homilía 50, 3 sobre el Evangelio de San Mateo...*, 79: «Porque este sacramento no sólo nos exige estar en todo momento puros de rapiña, sino de la más sencilla enemistad. Este sacramento es un sacramento de paz. No nos consiente codiciar las riquezas».

²⁴ Cf. L. Padovese, *Introducción a la teología patristica*, Editorial Verbo Divino, Estella 1996, 170-171.

²⁵ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV. Homilías sobre la Primera Carta a los Corintios...*, 195-197.

Profundiza más adelante en este presupuesto insistiendo en la gratuidad del don de los sacramentos y su proveniencia de Dios con independencia de quien los oficie. Crisóstomo, obispo y fiel pastor, no escapa de advertir contra pastores falsos e infieles. Es consciente del escándalo que pueden provocar los sacerdotes y de la falta de ejemplaridad de algunos de ellos. Sin embargo, pone el acento en que el bautismo y la eucaristía son realizados por Cristo²⁶: Él es el dador de ambos²⁷:

También ahora suele Dios obrar incluso por medio de personas indignas, y en nada es menoscabada la gracia del bautismo por la vida del sacerdote, pues en tal caso el que lo recibe quedaría en condición inferior²⁸. Por consiguiente, aunque esto suceda rara vez, sin embargo, sucede. Esto lo digo para que nadie de los presentes, inquiriendo curiosamente sobre la vida del sacerdote, se escandalice de lo que se realiza en los misterios. «Pues el hombre no pone nada suyo en lo que se nos propone, sino que todo es obra de la fuerza de Dios, y Él es quien os inicia en los misterios».

En la *Homilía 23*, 2²⁹ (PG 61, 190-191) –al comentar 1 Cor 10,1-13– retoma el tema a la luz de la experiencia de Israel. En el texto paulino, el Apóstol compara los acontecimientos del éxodo con la situación de los cristianos. Advierte de que a los israelitas no les bastó cruzar el mar Rojo ni comer de un mismo maná para alcanzar la tierra prometida; del mismo modo, a los cristianos no

²⁶ Cf. H. R. Drobner, *Manual de Patrología*, Herder, Barcelona 2001, 2 ed., 390-391.

²⁷ Cf. “San Juan Crisóstomo. Catequesis bautismal a los neófitos”, en: J. Urdeiz (dir.), *La primera explicación de la Eucaristía. Catequesis patristicas a los recién bautizados. San Juan Crisóstomo. Teodoro de Mopsuestia*, Cuadernos Phase 199, Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2011, 16-18.

²⁸ En el sentido de que la gracia del sacramento no actuaría de manera plena y eficaz debido a la indignidad del sacerdote.

²⁹ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 561-563.

les basta la participación en los ritos sagrados sino que se requiere una vida conforme a la fe que se profesa. Crisóstomo, al interpretar este pasaje, aborda el modo en que bautismo y eucaristía aparecen prefigurados en los acontecimientos del éxodo al igual que su ineficacia para quien no manifieste una vida acorde a ellos:

*Pues no quiero que ignoréis, hermanos*³⁰ [1 Cor 10,1; cf. Éx 13,20-22; 14,22-29]. Ahora decía esto, sugiriendo que no estaban muy bien instruidos en estas cosas. ¿Y qué es lo que no quieres que nosotros ignoremos?

Que nuestros padres —dice— estuvieron todos debajo de la nube, y atravesaron todos el mar [1 Cor 10,1], *y en la nube y en el mar se bautizaron todos [para unirse] a Moisés* [1 Cor 10,2], *y comieron todos la misma comida espiritual* [1 Cor 10,3], *y bebieron todos la misma bebida espiritual, pues bebían de una peña espiritual, que [los] seguía (y la peña era el Mesías)* [1 Cor 10,4]; *pero Dios no se agradó en la mayoría de ellos*³¹ [1 Cor 10,5]. ¿Por qué dice esto? Para manifestar que, así como a aquéllos no les aprovechó el haber recibido tan gran don, así tampoco les aprovecha a estos el haber recibido el bautismo y haber participado de los Misterios espirituales, si no manifiestan una vida digna de esta gracia. Por eso también aduce los tipos del Bautismo y de los Misterios.

La prefiguración de la eucaristía la desarrolla de la siguiente forma:

³⁰ Crisóstomo está comentado a Pablo, cuando el apóstol enseña y recomienda a la comunidad corintia “que no se desespere en afrontar batallas para lograr la virtud, ya que esta es una laboriosa conquista”, y que no crea que es suficiente creer para la salvación. En todo este trabajo espiritual, es ciertamente necesario también el conocimiento del asunto. Cf. Gerardo di Nola (ed.), *La dottrina eucaristica di Giovanni Crisóstomo*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997, 268.

³¹ Cf. Núm 14,16.36.

Pues así como tú comes el Cuerpo del Señor, ellos comían el maná, y como tú bebes su Sangre, ellos bebían agua de la roca. Porque si bien eran sensibles aquellas cosas, se presentaban espiritualmente, no por su naturaleza, sino por el don de la gracia, y junto con el cuerpo alimentaban también el alma, llevándola a la fe. Por eso, nada dijo sobre la comida, ya que había sido cambiada no sólo en cuanto al modo, sino también en cuanto a la naturaleza: pues era maná. Pero respecto de la bebida, puesto que la manera de darla era insospechada y necesitaba una preparación, por eso al haber dicho *Bebieron la misma bebida espiritual*, añadió *Pues bebían de una peña espiritual, que [los] seguía*, y todavía declaró, *Y la peña era el Mesías* [1 Cor 10,4]. [...] Era otra Piedra espiritual la que producía todo esto, es decir, Cristo, quien siempre estaba presente, y obraba todos los prodigios.

La gratuidad del sacramento eucarístico queda reforzada a la luz de la gratuidad de Dios con su pueblo en el desierto:

¿No ves la sabiduría de Pablo, cómo demuestra que Él es el dador de ambas cosas, y de esta manera presenta el símbolo cerca de la verdad? «Pues el que les ofreció aquellas cosas —dice— este también preparó esta Mesa; y el mismo que les condujo a través del mar, te ha conducido a ti a través del Bautismo; y a ellos les dio maná y agua, a ti su Cuerpo y Sangre».

Continúa el comentario a 1 Cor 10,14-22 en la *Homilía 24*, ³² (PG 61, 199-200). En este pasaje san Pablo llama a la eucaristía *comunión*. La comunión con Cristo se realiza por la *participación* en la comida eucarística. El único Cuerpo del Señor (v. 17) —que es el único pan— hace que el efecto de la comunión sea constituir un solo cuerpo místico: comiendo del único Cuerpo del Señor,

³² Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 585-587.

formamos parte de su único Cuerpo místico. La comunión, pues, hace la unidad de los cristianos³³. Crisóstomo consolidará esta idea encuadrándola cuidadosamente en el contexto del misterio pascual:

El vaso de bendición que bendecimos, ¿no es una [un entrar en] comunión con la sangre de Cristo? [1 Cor 10,16]. ¿Qué dices, oh bienaventurado Pablo? ¿Queriendo atemorizar al oyente, y recordando los venerandos misterios, llamas «vaso de bendición» a aquel vaso terrible y tremendo en sumo grado?

[...] *El vaso de bendición que bendecimos, ¿no es una [un entrar en] comunión con la sangre de Cristo? [1 Cor 10,16]. De muy buena fe ha hablado, y terriblemente. Pues viene a decir: «Esto que hay en el vaso, es aquello que manó de Su costado, y de ello somos partícipes». Lo llamó «vaso de bendición» porque, teniéndolo en nuestras manos, lo ensalzamos, admirados y estupefactos por este don inefable, bendiciéndole porque lo derramó para que no permaneciéramos en el error; y no sólo lo derramó, sino que también nos lo distribuyó a todos nosotros. «De modo que si deseas sangre –dice–, no ensangrientes el ara de los ídolos con la sangre de víctimas irracionales, sino ensangrienta mi altar con mi propia sangre». Dime, ¿qué puede haber más temible y a la vez más amable que esto?*

Prosigue en la *Homilía 24, 2*³⁴ (PG 61, 200-201) profundizando en la dimensión sacrificial de la eucaristía derivada del *sacrificio* de Cristo en la cruz. Para Crisóstomo, es impensable que aquel que verdaderamente crea en este sacramento se vuelva de nuevo a los ídolos cuyos sacrificios rituales resultan vacíos. Invalida también los sacrificios de la *Antigua Alianza* admitiendo que se trató de una

³³ Cf. J. Rico Pavés, *Los sacramentos de la iniciación cristiana...*, 483.

³⁴ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 587-591.

etapa en la cual Dios accedió a recibirlos para apartar a Israel de ellos. Nada puede compararse a lo sucedido con Cristo pues, con la entrega de su vida, se ofreció Él mismo en *sacrificio*.

Cuando [los amantes] se dan cuenta de que éstos a quienes aman desean las cosas que pertenecen a extraños y desprecian las suyas propias, dando las suyas les persuaden de que dejen las de esos otros. Sin embargo, los que aman manifiestan esa liberalidad con dinero y vestidos y posesiones, pero nadie nunca con sangre. Cristo, por el contrario, incluso en esto manifestó su preocupación y encendida caridad para con nosotros. Y en la Antigua Alianza, puesto que estaban en un estado más imperfecto, la sangre que ofrecían a los ídolos Él accedió a recibirla para apartarles de esos [ídolos], lo cual era de nuevo otra señal de inefable amor: pero aquí transfirió el servicio a una cosa mucho más terrible y mucho más gloriosa, cambiando el propio sacrificio, y en lugar del sacrificio de animales mandó ser ofrecido Él mismo.

Los efectos de la participación en este sacrificio son acordes a la grandeza del mismo. Quienes toman el cuerpo de Cristo llegan a ser *cuerpo de Cristo [pero] no muchos cuerpos sino un solo cuerpo*. Crisóstomo relaciona así el cuerpo del Señor con la Iglesia expresando de este modo una forma de encarnación. Si bien no se refiere a lo que la escuela alejandrina llamará hacerse *concorpóreos con Cristo*³⁵, la participación de los fieles en el misterio eucarístico es una encarnación del cuerpo de Cristo en su cuerpo que es la Iglesia. Acentúa así la centralidad de la dimensión comunitaria de este sacramento sin la cual no se dan sus efectos. La *partición* del pan representa una división del cuerpo de Cristo que no se dio en la cruz. Sin embargo, en la oblación eucarística es necesario

³⁵ Cf. Cirilo de Alejandría, *Glaphira in Genesim* I, 5 (PG 69, 29B).

pues posibilita que *todos* sean saciados y, por tanto, que se dé dicha comunión:

El pan que partimos, ¿no es [un entrar en] una comunión con el Cuerpo de Cristo? [1 Cor 10,16]. ¿Por qué no dijo «Participación»? Porque quiso expresar algo más y manifestar una gran unión. Pues comulgamos no sólo al participar y recibir, sino también al estar unidos; pues lo mismo que aquel cuerpo está unido a Cristo, así también nosotros nos unimos unidos a Él por medio de este pan³⁶.

¿Por qué añade *Que partimos*? Esto se puede ver realizado en la Eucaristía; pero de ninguna manera en la cruz; antes al contrario, pues dice: *Ni le quebrantarán hueso alguno* [Éx 12,46; Núm 9,12; Jn 19,36]. Y lo que no padeció en la cruz [cf. Jn 19,33–36], esto lo padece en la oblación por ti, y sufre el ser dividido, para saciar a todos los hombres.

Después, puesto que dijo *Comunión con el cuerpo*, y lo que comulga es distinto de aquello de que comulga, incluso esto que parece que era una pequeña diferencia, también [lo] quitó. Pues al haber dicho *Comunión con el cuerpo*, intentó de nuevo expresar algo más cercano; por eso añadió: *Porque [es] un [solo] pan, somos todos un [solo] cuerpo* [1 Cor 10,17]. «Pues ¿por qué digo *Comunión*? –dice–: Porque somos aquel mismo cuerpo». Pues ¿qué es el pan? Cuerpo de Cristo. ¿Y qué llegan a ser los que lo reciben? Cuerpo de Cristo: no muchos cuerpos, sino un sólo cuerpo. Pues así como el pan está hecho de muchos granos, de tal manera unidos que no aparecen los granos por ninguna parte, pero que están ciertamente en él, mas la diferencia entre ellos desaparece totalmente por su mutua fusión; así también nosotros nos unimos mutuamente y con

³⁶ Según Jn 6,56ss, compara audazmente Crisóstomo esta nuestra incorporación en Cristo por la Eucaristía con la asunción del cuerpo humano por el Verbo en la encarnación. Cf. J. Solano, *Textos eucarísticos primitivos. I. Hasta fines del siglo IV...*, 602, n. 171.

Cristo. Porque no te alimentas de un cuerpo tú, y de otro aquél, sino que nos alimentamos del mismo todos; y por eso también añade: *Pues todos participamos del único pan* [1 Cor 10,17]. Y si todos participamos del mismo pan, y todos llegamos a ser una misma cosa, ¿por qué no manifestamos también la misma caridad, y con ello nos convertimos en una misma cosa?

De todo ello se deriva, lógicamente, la necesidad de que la comunidad que participa de la eucaristía se construya desde los valores cristianos, no según los cánones de este mundo. La comunión con Cristo nos configura en su propio y único cuerpo. Esto exige un modo nuevo de relaciones que sean, ciertamente, expresión del Cuerpo de Cristo que formamos todos:

Efectivamente, esto se realizaba en tiempo de nuestros antepasados. Pues *La muchedumbre de los que habían abrazado la fe* —dice [el texto]— *tenía un único corazón y alma* [Hch 4,32]. Pero ahora no así, sino todo lo contrario. Muchas y variadas son las contiendas entre todos, y tenemos sentimientos más crueles que las fieras hacia los miembros de los otros. Y Cristo ciertamente te unió a sí, aunque estabas tan alejado; tú, por el contrario, ni siquiera te dignas a unirte a tu hermano con el debido cuidado, sino que te apartas de él, a pesar de que has gozado tan excelente caridad y vida de parte del Señor. Pues no simplemente entregó Su cuerpo, sino que, puesto que la primera naturaleza de la carne, que fue formada de la tierra, había ya muerto por el pecado y había quedado privada de vida, introdujo, como diría alguno, otra masa y levadura, Su propia carne, que era de la misma naturaleza, pero estaba libre de pecado y llena de vida, y concedió a todos el poder participar de ella, para que, alimentados con ella y depuesta aquella primera que estaba muerta, nos juntásemos todos mediante esta sagrada mesa en la vida inmortal.

Siguiendo de cerca el texto paulino, contrapone a continuación *la comunión con Cristo* que se da en la eucaristía con *la comunión con el altar* de los rituales judíos. Afianza las diferencias entre ambas *comuniones* y advierte de la participación en rituales paganos:

Fijaos en el Israel según la carne: los que comen las víctimas, ¿no entran en comunión con el altar? [1 Cor 10,18]. De nuevo les induce a lo mismo partiendo de la ley antigua. Pues ya que no eran capaces de entender la grandeza de lo dicho, les persuade recurriendo a cosas antiguas y a éstas a las que estaban acostumbrados. Y dice bien *Según la carne*, como si ellos mismos estuvieran de acuerdo con el Espíritu. Y lo que quiere decir es esto: «Aun por medio de las personas más vulgares se os enseña que los que comen las víctimas [expiatorias] se hacen participantes del altar». ¿Ves cómo da a entender que los que parecían ser perfectos no tienen un conocimiento perfecto, si ni siquiera saben esto, que el resultado de estos sacrificios para muchos, frecuentemente, es una cierta comunión y amistad con los demonios, costumbre que les arrastra poco a poco? Pues si entre los hombres la comunión en sal [cf. Lev 2,13; Núm 18,19; 2 Crón 13,5] y en la mesa llega ser ocasión y símbolo de la amistad, lo mismo puede suceder también en el caso de los demonios.

Pero tú considera, [te ruego], cómo con respecto a los judíos no dijo «comulgan con Dios», sino *Entran en comunión con el altar*, pues se quemaba lo que se ponía sobre él; pero con respecto al Cuerpo de Cristo no sucede así, sino ¿cómo? Es *una comunión con el cuerpo del Señor*; pues no participamos del altar, sino del mismo Cristo.

Pero, después de haber dicho *Entran en comunión con el altar*, en seguida, temiendo que pareciera que hablaba de los ídolos, como si tuvieran alguna fuerza o pudieran dañar, mira cómo de nuevo les quita del medio, diciendo: *Entonces, ¿qué estoy diciendo? ¿Qué lo sacrificado a los ídolos es algo? ¿O que el ídolo es algo?* [1 Cor 10,19].

Como recoge el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 1375)³⁷, utilizando palabras de Crisóstomo de su obra *De proditione Iudae homilia* 1,6, “mediante la *conversión* del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento. Los Padres de la Iglesia afirmaron con fuerza la fe de la Iglesia en la eficacia de la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo para obrar esta conversión”.

Continúa Crisóstomo en la *Homilía 24*, 3³⁸ (PG 61, 201-203) avisando de la necesidad de escapar de la idolatría, porque no podemos beber *el cáliz del Señor* y *el cáliz de los demonios*:

«Digo esto –añade [el Apóstol]– y lo quito del medio, no porque los ídolos puedan dañar, o tengan fuerza alguna, pues un ídolo no es nada, sino porque quiero que los despreciéis». «Y si quieres que los despreciemos –dirá alguno–, ¿por qué con tanto empeño nos apartas de ellos?». Porque no son ofrecidos a tu Señor.

Lo que ofrecen en sacrificio los gentiles –dice– lo ofrecen en sacrificio a [los] demonios, y no a Dios [1 Cor 10,20]. Por tanto, no corráis hacia las cosas contrarias. Pues si fueses hijo de un rey y, después de haber gozado de la mesa paterna, abandonando ésta, quisieras comer de la mesa de los condenados y presos en la cárcel, no lo permitiría tu padre, sino que incluso con gran fuerza te apartaría, no porque la mesa te pudiera dañar, sino porque ella deshonraba tu nobleza y la mesa real. Pues, verdaderamente, éstos son sirvientes del mal, infames, condenados, presos, predestinados a un insoportable suplicio, reos de infinitas maldades. Por consiguiente, ¿por qué no te avergüenzas de imitar a los glotones y lujuriosos y, cuando estos condenados ponen la mesa corres allá y participas de lo preparado? Por eso te aparto, porque la intención de los que

³⁷ Cf. Artículo 3 “El sacramento de la Eucaristía”. <http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p2s2c1a3_sp.html> [consultado 20 de junio 2019].

³⁸ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 591-595.

inmolan y la persona de quienes reciben hacen impuro lo preparado.

Y no quiero que vosotros entréis en comunión con los demonios [1 Cor 10,20]. ¿Ves la caridad del solícito padre? ¿Ves la misma palabra, cuánta fuerza tiene para expresar lo que siente? «Pues no quiero –dice– que tengáis nada en común con ellos».

Después, como había hablado a modo de exhortación, para que alguno de los más rudos no lo tuviese en menos, como si tuviera dispensa, puesto que dijo *No quiero* y *Juzgad vosotros* [1 Cor 10,15], en seguida establece la Ley diciendo abiertamente: *No podéis beber [el] vaso de [l] Señor y [el] vaso de [los] demonios; no podéis participar de [la] mesa de [l] Señor y de [la] mesa de [los] demonios* [1 Cor 10,21]. Y se contenta con sólo los nombres para apartarles. Pero en seguida añade para avergonzarles: *¿O queremos provocar los celos del Señor? ¿Somos acaso más fuertes que él?* [1 Cor 10,22]. Es decir, «¿acaso le tentamos a ver si Él puede castigarnos y le irritamos pasándonos al campo de sus adversarios y poniéndonos en el escuadrón de sus enemigos?». Y, al decir esto, les recordaba la historia antigua y la transgresión de sus padres. [...]

Pero acercarse a la eucaristía con dignidad supone no solo huir de los ídolos sino también guardar la comunión con los hermanos:

Por consiguiente, sabiendo nosotros también esto, amados, miremos por [el bien de] nuestros hermanos y guardemos la unión con ellos. Pues a esto nos induce aquel tremendo y formidable sacrificio, mandándonos acercarnos a él, sobre todo, con concordia y ferviente caridad y, convertidos en águilas, desde allí volar así hasta el mismo cielo. Porque *Donde esté el cadáver –dice–, allí se juntarán los buitres* [Mt 24,28], llamando cadáver a Su cuerpo por razón de Su muerte. Pues si Él no hubiera caído, nosotros no nos hubiéramos levantado. Pero nos llama águilas, mostrando que debe ser elevado quien se acerca a este Cuerpo, y no debe tener

nada en común con la tierra, ni descender para arrastrarse por el suelo, sino constantemente [debe] volar por lo alto, y mirar al Sol de la Justicia, y tener agudizado el ojo de su mente: pues esta mesa es de águilas, no de grajos. Entonces, éstos que ahora disfrutaban mercedamente de este privilegio se encontrarán con Él cuando descienda de los cielos, así como aquéllos que no son dignos de esto sufrirán los más extremos suplicios.

En la *Homilía 24, 5*³⁹ (PG 61, 204-206) compara las disposiciones necesarias para participar en la eucaristía con las que tuvieron los magos al adorar a Jesús en el pesebre. Encontramos aquí, de este modo, una alusión a su presencia real en ella. Dice, además, que no participar de la mesa eucarística es *hambre y muerte*. Para Crisóstomo, la eucaristía es el fundamento de la confianza, esperanza, salvación, luz y vida.

Acerquémonos a Él, pues, con fervorosa y ardiente caridad, para que no padezcamos castigo; porque cuantos mayores beneficios hubiésemos recibido, tanto más seremos castigados cuando aparezcamos indignos de tantos beneficios. A este Cuerpo, incluso recostado en un pesebre, lo adoraron los Magos. Y aquellos hombres sin religión y extranjeros, abandonada su patria y su casa, anduvieron un largo camino y, acercándose con reverencia y temor, le adoraron. Imitemos, por tanto, al menos a los extranjeros, nosotros los ciudadanos del cielo. Pues ellos, viéndole sobre un pesebre, en una choza, y sin ver nada de lo que tú ahora ves, se acercaron con gran temor; pero tú lo ves no en un pesebre, sino en el altar; no ves a una mujer que le tiene en sus brazos, sino al sacerdote en pie, y al Espíritu con gran munificencia volando sobre las oblacones puestas ante nosotros. No ves simplemente este Cuerpo, como ellos, sino que te es conocido todo su poder, y toda

³⁹ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 599-603.

su dispensa, y no ignoras nada de cuanto ha sido realizado por él, pues has sido iniciado con exactitud en todas las cosas.

Así pues, animémonos a nosotros mismos, y temblemos, y mostremos mayor piedad que aquellos extranjeros, para que no amontonemos fuego sobre nuestra cabeza, acercándonos casual e inconsideradamente. Estas cosas las digo, no para que no nos acerquemos, sino para no hacerlo sin consideración. Pues así como el acercarse casualmente es peligroso, así el no comulgar de estas cenas místicas es hambre y muerte. Pues esta Mesa es los tendones de nuestra alma, el vínculo de nuestra mente, el fundamento de nuestra confianza, nuestra esperanza, nuestra salvación, nuestra luz, nuestra vida. Cuando con este sacrificio morimos, con gran confianza llegaremos a aquellos atrios sagrados, rodeados por todos los lados como por una especie de armadura áurea.

Prosigue ahondando en la dimensión escatológica del sacramento como anticipación de la vida eterna. Para el antioqueno, es posible vivir ya aquí lo que se espera en el futuro; de ahí que no pueda recibirse el sacramento de cualquier manera:

Y ¿por qué hablo del futuro? Pues porque ya aquí este misterio hace que la tierra te sea cielo. Abre, por consiguiente, las puertas del cielo y mira: más aún, no las puertas del cielo, sino las del cielo de los cielos, y entonces verás lo que ha sido dicho. Porque cuanto hay allí de más precioso, esto te lo enseñaré expuesto sobre la tierra. Pues de la misma manera que en las moradas regias lo más magnífico de todo no son los muros, ni los techos dorados, sino el cuerpo del rey sentado en el trono, así también en los cielos lo es el Cuerpo del Rey. Pero éste te es lícito verlo ya ahora en la tierra. Te muestro, no ángeles, ni arcángeles, ni cielos y cielos de cielos, sino al Señor de todo esto. ¿Te has dado cuenta de cómo puedes ver en la tierra lo que es más precioso que todas las cosas? ¿Y cómo no sólo lo ves, sino que lo tocas; y no sólo lo tocas, sino

que igualmente lo comes, y después de haberlo tomado te vuelves a tu casa?

Por tanto, purifica tu alma, prepara tu espíritu a la recepción de estos misterios. Pues si te hubiera sido confiado el llevar al hijo del rey con el ornato, la púrpura y la diadema, hubieras rechazado con desprecio todo cuanto hay en la tierra. Pero ahora, recibiendo no al hijo de un rey, sino al Unigénito Hijo de Dios, dime, ¿no tiembles de espanto y rechazas todo amor a las cosas de este mundo y no tienes más valor que ese con el que adornarte a ti mismo? ¿o todavía miras a la tierra, amas el dinero y codicias el oro? ¿Qué perdón podrás conseguir?, ¿qué excusa podrás presentar? ¿No sabes cómo odia tu Señor toda magnificencia mundana? ¿No fue por esto por lo que al nacer fue colocado en un pesebre, y escogió una madre humilde? ¿No fue por esto por lo que le decía al que buscaba la ganancia *En cambio, el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza?* [Mt 8,20].

Crisóstomo, a largo de la *Homilía 24* que acabamos de comentar, ha ido exponiendo razones para que el sacrificio eucarístico se celebre con dignidad. En el sermón que recogemos a continuación, *Homilía 27*, realiza un análisis exegético de 1 Cor 11,17-33. En este fragmento de la Carta a los corintios aparece la versión paulina de la institución de la eucaristía y la exigencia de celebrarla rompiendo las divisiones entre ricos y pobres. En esta homilía, de gran belleza literaria y enorme importancia teológica, denuncia el lugar que ocupan los pobres en la iglesia de su tiempo e incide en la imposibilidad de celebrar la eucaristía si se mantiene tal situación.

Comienza en 1-2⁴⁰ (PG 61, 223-225. 227) explicando cómo la existencia de desigualdades sociales entre los corintios constituía una desviación de los valores en los que se fundamentó en sus

⁴⁰ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 663-665. 671.

orígenes la comunidad cristiana. La pérdida de la comunión de bienes la vincula con la pérdida de la unidad provocada por las divisiones en la comunidad:

Al mandaros esto, no alabo el hecho de que os reunáis no para vuestro provecho, sino para vuestro daño [1 Cor 11,17].

1. Es necesario exponer primero la causa de la presente acusación, pues de esta manera entenderéis mejor todo cuanto se diga. Entonces, ¿cuál es esta causa?

Como en tiempo de los primeros tres mil creyentes, que comían todos de una mesa común y poseían todas sus cosas en común [cf. Hch 2,42.44], así también sucedía cuando el Apóstol escribió esto; en realidad, no exactamente así, sino como si un cierto influjo de esa comunión que había entre ellos fuera lo que descendió también sobre aquéllos que vinieron después. Y puesto que sucedía que unos eran pobres y otros ricos, no depositaban ya todos sus bienes en un acervo común, sino que hacían mesas comunes en días determinados, como convenía; y celebrado el solemne servicio, después de la comunión de los Misterios, se reunían todos para comer juntos en un banquete común, aportando los ricos los manjares, y siendo invitados por ellos los pobres y los que no tenían nada, y comiendo todos en común. Pero después también se perdió esta costumbre. Y la causa fue la división que se originó entre ellos, juntándose unos con éstos, y otros con aquéllos, y el haber empezado a decir «Yo soy de fulano», y «Yo soy de mengano»; lo cual también, al comienzo de la carta, para corregirlo, dijo: *Pues a propósito de vosotros, hermanos míos, he sido informado por los de Cloe que hay contiendas entre vosotros [1 Cor 1,11]; quiero decir esto: que cada uno de vosotros dice: «Yo soy de Pablo», «yo de Apolo», «yo, de Cefas» [1 Cor 1,12].* No porque se adhirieran a Pablo, pues no lo hubiera tolerado, sino que, queriendo desde la abundancia arrancar de raíz esta costumbre, [225] se puso a sí mismo, mostrando que si alguno se adhiriera a él separándose del cuerpo común haría una

cosa absurda y de extrema iniquidad. Y si en su caso era iniquidad, mucho más lo sería en el caso de los que eran inferiores.

Por tanto, puesto que desapareció esta costumbre, costumbre hermosísima y utilísima (que era fundamento de caridad, consuelo de la pobreza, moderación de las riquezas, ocasión de la más elevada sabiduría y escuela de humildad); por tanto, puesto que veía que se habían perdido tan grandes ventajas, con razón usó un lenguaje duro, diciendo así: *Al mandaros esto, no alabo*.

Insiste en el modo en que Pablo les reprende al señalar que la gravedad de la situación es tal que imposibilita comer la cena del Señor. Crisóstomo compara esta diferencia entre ricos y pobres con la que había entre Jesús y el traidor en la última cena.

2. [...] *Tal como os reunís vosotros en común* —dice— *no es posible comer la cena del Señor* [1 Cor 11,20]. ¿Te das cuenta cómo avergonzándo-les, y como quien narra una cosa, les ha dado un consejo? «Pues la forma de reunirse —dice— es otra; es de caridad y amor fraternal. Ciertamente, un solo lugar os acoge a todos, y juntos os congregáis en él; pero la Mesa ya no es semejante a la reunión». Y no dijo «Tal como os reunís no es para comer en común, no es para obsequiaros mutuamente», sino que les reprende de otra manera y en forma mucho más terrible, diciendo *No es posible comer la cena del Señor*, llevándoles a la misma tarde en la que dio sus tremendos Misterios Cristo. Por lo mismo también llamó «cena» a la comida, ya que aquella cena [del Señor] tuvo como comensales a todos en común. Seguramente no es tanta la diferencia entre los ricos y los pobres como entre el Maestro y los discípulos. Pero ¿qué digo entre el Maestro y los discípulos? Piensa en la distancia que hay entre el Maestro y el traidor: y a pesar de esto, también Él [el Señor] estaba recostado con ellos, y no le expulsó, sino que le hizo participante de la sal, y partícipe de los Misterios.

A continuación, en la *Homilía 27, 3⁴¹* (PG 61, 227-229) desarrollará siguiendo de cerca el texto paulino qué significa *comer la cena del Señor*. Ahonda en tres cuestiones: en primer lugar, recuerda que es indigno apropiarse de dicha cena excluyendo de ella a los pobres pues la cena, que es *del Señor*, ha de ser común:

Y después explica cómo no es [posible] comer la cena del Señor. *Pues cada uno se adelanta a comer su propia cena –dice– y uno pasa hambre, mientras que otro está ebrio [1 Cor 11,21].*

¿Ves cómo les manifiesta que se hacen más indignos? Pues lo que era del Señor, lo hacen propio, de suerte que son ellos los primeros deshonrados, al quitar de su propia mesa la principal dignidad. ¿Cómo y en qué manera? Porque la cena del Señor, es decir, del Maestro, debe ser común. Pues lo que pertenece al Maestro no es de este siervo sí y de éste no, sino que es en común de todos. Pues que es «del Señor» quiere decir esto, que es común. Pues si es de tu Señor, como así es en verdad, no tienes derecho a apropiártelo, sino que como cosa del Señor y del Maestro debes ofrecerlo a todos en común. Y esto significa ser «del Señor». Pero ahora tú no permites que esto sea del Señor, pues festejando separadamente impides que sea común.

En segundo lugar, censura la glotonería y el exceso que supone el que algunos *se adelanten* a comer y beber hasta estar ebrios:

Por lo que también sigue diciendo: *Pues cada uno se adelanta a su propia cena*. Y no dijo «Se separa», sino *Se adelanta*, censurándoles implícitamente de glotonería y de precipitación. Esto, al menos, también lo muestra lo que sigue: pues al haber dicho esto, añadió de nuevo: *Y uno pasa hambre mientras que otro está ebrio*, cada uno de los cuales mostró una falta de moderación, la indigencia y el

⁴¹ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 671-675.

exceso. He aquí también una segunda acusación de nuevo por la cual esas mismas personas son injuriadas. La primera, que ellos deshonran su cena; la segunda, que se llenan el vientre y están embriagados; y lo que es todavía peor, aun cuando los pobres están hambrientos. Pues lo que tenía la intención de poner en común para todos, estos hombres lo comieron solos, y se entregaron a la insaciabilidad y a la bebida. Por esto no dijo «Uno pasa hambre, mientras que otro está saciado», sino *Está ebrio*. Ahora bien, cada uno de éstos, incluso por sí mismo, es digno de reproche: pues es un motivo de acusación estar embriagado incluso sin despreciar a los pobres; y despreciar a los pobres sin estar embriagado es una acusación. Y cuando ambas cosas están unidas a un mismo tiempo, piensa cuánto se excede la transgresión.

Finalmente señala que, más que falta de moderación, supone una afrenta a los pobres, un *desprecio* que se convierte en afrenta directa a la misma Iglesia:

A continuación, después de haber mostrado su impiedad, añade su reprimenda en lo que sigue, con mucho enfado, diciendo: *¿Es que no tenéis casa para comer y beber? ¿O queréis despreciar a la Iglesia de Dios y avergonzar a los que no tienen?* [1 Cor 11,22]. ¿Ves cómo, para dar más fuerza a sus palabras, convierte la afrenta hecha a los pobres en injuria a la Iglesia? Aquí está, pues, la cuarta acusación, ya que no sólo es una afrenta hecha a los pobres, sino también a la Iglesia. Pues lo mismo que te apropias de la cena del Señor, así también el lugar, utilizando la Iglesia como si fuese tu casa. Pues la Iglesia ha sido establecida no para que al reunirnos andemos divididos, sino para que los que están divididos se aúnen: esto, pues, significa la asamblea.

¿Y avergonzar a los que no tienen? No dijo «Y matar de hambre a los que no tienen», sino, golpeando más su pudor, *Avergonzar*, para mostrar que él no se preocupa tanto del alimento cuanto del ultraje ocasionado a ellos. Y he aquí una quinta acusación, no

sólo despreciar a los que están hambrientos, sino incluso avergonzarlos. Y decía esto, en parte, como tratando con reverencia los asuntos de los pobres, y mostrando que ellos sufren no tanto por el vientre cuanto por la vergüenza; y en parte también atrayendo al oyente a la compasión.

En este contexto, el Apóstol inserta la tradición de la *Cena del Señor*. Para Crisóstomo, en la propia institución de la eucaristía, san Pablo aporta un argumento más para denunciar la exclusión de los pobres:

Luego, al querer también desde otro tema avergonzarles todavía más, desde los asuntos más importantes teje de nuevo su discurso. *Pues yo recibí del Señor –dice– lo que a mi vez os transmito: que el Señor Jesús, la noche en que era entregado, cogió pan [1 Cor 11,23], rezó la acción de gracias, [lo] partió y dijo: «Tomad, comed, esto es mi cuerpo, que por vosotros es partido; haced esto en mi memoria» [1 Cor 11,24]. ¿Por qué hace aquí mención de los Misterios? Porque le era muy necesario recordar esas palabras para el presente argumento. Pues «tu Señor –dice– a todos juzgó dignos de la misma Mesa, aunque era tremenda sobremanera y superaba con mucho la dignidad de todos; tú, por el contrario, los juzgas indignos aun de la tuya, que es pequeña y despreciable; y si bien no tienen en lo espiritual más cosas que tú, los despojas en las materiales; y ni siquiera éstas son tuyas».*

Sin embargo, no expresa [esto] así, para que sus palabras no parezcan demasiado duras, sino que las suaviza, diciendo: *Que el Señor Jesús, la noche en que era entregado, cogió pan [1 Cor 11,23].*

¿Y por qué nos recuerda el tiempo y la tarde aquélla y la traición? No sin causa y razón, sino para compungirlos sumamente, aunque fuera por la consideración de ese momento. Pues aunque sea uno tan duro como una piedra, si piensa en aquella noche, cómo Él estaba con sus discípulos «triste», cómo fue traicionado,

cómo fue atado, cómo fue conducido, cómo fue juzgado, y de qué manera sufrió todo lo demás, se hará más blando que la cera, y se desprenderá de la tierra y de todo el fasto de este mundo. Por eso nos trae a la memoria todas aquellas cosas, para avergonzarnos con el tiempo y la mesa y la traición, diciendo: «Tu Señor se entregó a sí mismo por ti; y tú, en cambio, ¿no das a tu hermano ni siquiera alimento por ti mismo?».

Prosigue en la *Homilía 27*, 4⁴² (PG 61, 229-230) insistiendo en el hecho de que la entrega de la Cena fue la última obra del Señor y, por tanto, se puede considerar su máxima herencia. Esta Cena se identifica con cada eucaristía. La celebración del memorial de su muerte y resurrección no puede realizarse entre desprecios y humillaciones. Ello equivaldría a profanar su misma memoria:

Pero ¿cómo dice [Pablo] que «lo recibió del Señor», si entonces no estaba presente, sino que era uno de sus perseguidores? Para que sepas que aquella primera mesa no tiene nada más que las que han seguido después. Porque el que hoy hace todas estas cosas y las entrega, es el mismo de entonces.

Y no sólo por esto trae a la memoria aquella noche, sino también para compungirnos de otro modo. Pues así como recordamos de manera especial las últimas palabras oídas a los agonizantes, y avergonzamos a sus herederos si se atreven a transgredir sus mandatos, diciéndoles: «Tened en cuenta la última palabra de vuestro padre, y que hasta la tarde en que iba a expirar os mandó estas cosas», así también Pablo, queriendo hacer por esto impresionantes aquellas palabras, dijo: «Recordad que os dio, como última obra, la iniciación en este misterio, y que precisamente mandó hacer esto en la noche misma en que por vosotros iba a ser sacrificado y, una vez que nos entregó aquella Cena, ya nada añadió después de ella».

⁴² Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 675-679.

A continuación narra lo que entonces se hizo: *Cogió pan, rezó la acción de gracias, [lo] partió y dijo: «Tomad, comed, esto es mi cuerpo, que por vosotros es partido»* [1 Cor 11,24]. Por tanto, si te acercas a la Eucaristía, no hagas nada indigno de ese sacrificio: ni avergüences a tu hermano, ni desprecies al que tiene hambre, ni te embriagues, ni ultrajes a la Iglesia. Pues te acercas a dar gracias por lo que has recibido; por consiguiente, da tú también algo a cambio, y no te apartes de tu prójimo. En efecto, Cristo dio a todos por igual, diciendo: *Tomad, comed*. Él dio a todos su Cuerpo por igual, ¿y tú ni siquiera das el pan ordinario por igual? En efecto, fue partido para todos igualmente, y fue Cuerpo para todos por igual.

De la misma manera también el vaso, después de cenar, diciendo: «Este vaso es la nueva alianza [ratificada] con mi sangre; haced esto, siempre que [lo] bebáis, en mi memoria» [1 Cor 11,25]. ¿Qué dices?, ¿haces la conmemoración de Cristo, y desprecias a los pobres, y no tiembles? Si conmemoras la muerte de un hijo o de un hermano, te angustiarías si no hubieras guardado la costumbre de llamar a los pobres: y cuando conmemoras la muerte de tu Señor, ¿no les das alguna participación de la Mesa?

Como recoge el *Catecismo* en su n. 1397: “La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres; para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos (cf. Mt 25,40)”.

Para Crisóstomo, la Cena del Señor no constituye una mera comida, sino una *medicina espiritual* que santifica a quienes participan de ella. Ahora, en vez de la sangre de animales, Cristo ha ofrecido en sacrificio su propia sangre. Quienes se acercan a este sacrificio no deben hacer nada indigno de ella, y esto se refiere especialmente a que no se ha de negar misericordia al prójimo necesitado⁴³:

⁴³ Cf. Gerald Bray, *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Nuevo Testamento 7*, Ciudad Nueva, Madrid 2001, 169-170.

Pero ¿qué significan aquellas palabras «*Este vaso es la nueva alianza*»? Porque había también un vaso de la Antigua Alianza, las libaciones y la sangre de los animales: pues después del sacrificio, recibiendo la sangre en el cáliz y en la copa, libaban. Por tanto, para que nadie se turbase oyendo que había sustituido Su sangre por la sangre de los animales, recordó aquel antiguo sacrificio.

Después, hablando de aquella Cena, une las cosas presentes con las de entonces: para que, como aquella misma tarde, y recostados en el mismo asiento, y recibiendo del mismo Cristo este sacrificio, así también ahora tengan los mismos sentimientos. Y dice: *Pues siempre que coméis ese pan y bebéis ese vaso anunciáis la muerte de Señor hasta que vuelva* [1 Cor 11,26].

Porque, así como Cristo dijo sobre el pan y sobre el vaso: «*Haced esto en mi memoria*» [1 Cor 11,25], manifestándonos la causa de por qué nos entregaba el Misterio, y diciendo, entre otras cosas, que ello era suficiente motivo de piedad, (pues si consideras lo que tu Señor padeció por ti, procederás mucho más sabiamente), de la misma manera también Pablo dice aquí: *Pues siempre que coméis ese pan anunciáis su muerte* [1 Cor 11,26]. Y ésta es aquella Cena. Después, manifestando que aquélla permanece hasta el fin del mundo, dice: *Hasta que vuelva*.

De manera que el que coma este pan o beba el vaso del Señor indignamente, será reo de [un pecado contra] el Cuerpo y la Sangre del Señor [1 Cor 11,27]. ¿Y por qué? Porque lo derramó, y hace que parezca una matanza, no un sacrificio. Y así como los que entonces le crucificaron, le crucificaron no para beber su sangre, sino para derramarla, de la misma manera también el que participa indignamente no recibe de ello ningún fruto. ¿Comprendes qué palabras tan fuertes dijo, y cuán duramente les reprendió, mostrándoles que si lo iban a beber así participaban indignamente de la oblación? Porque ¿cómo no lo hará indignamente quien desprecia al hambriento, y el que además de despreciarle le mira con indiferencia? Pues si no dar a los pobres excluye del reino, aunque se trate de una

virgen; o más aún, el no dar con generosidad (pues aquellas vírgenes tenían aceite, pero no en abundancia [cf. Mt 25,8]), piensa qué mal tan grande no será el haber hecho tan grandes impiedades.

Continúa en la *Homilía 27, 5^{aa}* (PG 61, 230-232) refiriéndose ahora a las actitudes necesarias tras haber recibido la eucaristía. No es posible haber participado de ella con los pobres y, tras terminar la celebración, seguir despreciándolos al tiempo que uno se da a la embriaguez y a la glotonería. Eso es, de nuevo, hacer indigno el sacramento⁴⁵:

«¿Qué impiedades?» –dices–. ¿Por qué preguntas qué clase de impiedades? Has participado de tal Mesa, y cuando tú debes ser el más amable de todos e igual a los ángeles, te has hecho el más cruel de todos. Gustaste la Sangre del Señor, y a pesar de ello ni siquiera reconoces a tu hermano. ¿De qué perdón serás digno? Pues, efectivamente, si antes le desconocías, debiste conocerle desde que participaste de la Mesa. Ahora, por el contrario, deshonras esa misma Mesa, no juzgando digno de tus manjares al que fue digno de ser partícipe de aquélla. ¿No has oído cuánto padeció el que exigía los cien denarios? ¿Cómo hizo nulo el don que le había sido concedido? [cf. Mt 18,28-34]. ¿No te das cuenta de quién eras y en qué te has convertido? ¿No recuerdas que tú, lleno de infinidad de pecados, eras mucho más pobre en buenas obras que éste en riquezas materiales? Y, sin embargo, de todos los pecados te libró Dios, y te hizo digno de tal Mesa; pero tú ni aun así has llegado a ser más compasivo. Por lo tanto, ninguna otra cosa falta, sino que «seas entregado a los tormentos».

⁴⁴ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 679-685.

⁴⁵ De la misma manera considera que es hacer indigno el sacramento del bautismo. Antes y después de este, hay que ganar la batalla contra el mal mediante la disciplina y la moderación, sobre todo en la ingestión del alcohol. Cf. H. R. Drobner, *Manual de Patrología...*, 390.

Oigamos también estas palabras todos nosotros, cuantos nos acercamos aquí con los pobres a esta sagrada Mesa, pero una vez que hemos salido de aquí, parece que ni siquiera los hemos visto jamás, sino que nos embriagamos y pasamos por alto a los hambrientos; de lo cual se acusaba entonces a los corintios [cf. 1 Cor 11,21s.]. ¿Y cuándo sucede esto?, dirás. Siempre, pero sobre todo en los días de fiesta, cuando menos debía suceder. Efectivamente, esos días inmediatamente después de la Comunión sigue la embriaguez y el desprecio de los pobres; y después de recibida la Sangre, cuando es tiempo de ayuno para ti y de sobriedad, te das a la bebida y a la glotonería. Y si en la comida te toca alguna cosa buena, tienes buen cuidado de no quitar su buen sabor con algún otro manjar malo; en cambio, después de saciarte con Espíritu, te entregas a satánicos placeres.

Piensa, cuando participaron los Apóstoles de aquella Cena sagrada, qué es lo que hicieron: ¿no se volvieron a la oración y a entonar himnos?, ¿a sagradas vigiliás?, ¿a aquel largo trabajo de adoctrinamiento lleno de toda austeridad? Ciertamente, grandes y admirables cosas les narró y mandó [Jesús] después de que saliera Judas para llamar a los que le habían de crucificar. ¿No has oído cómo aquellos tres mil hombres, participantes de la Comunión [cf. Hch 2,42], perseveraban constantes en la oración y en la doctrina, no en borracheras y comilonas? Pero tú, antes de recibir la comunión, ayunas, para parecer digno de ella; en cambio, después de que la has recibido, cuando deberías aumentar la sobriedad, lo echas a perder todo. Y, sin embargo, es lo mismo abstenerse antes o después; es necesario ser sobrio en ambos tiempos, pero, sobre todo, después de haber recibido al Esposo: antes, para hacerte digno de recibirle; después, para que no parezcas indigno de lo que recibiste.

La homilía termina con una exhortación a hacer de la celebración eucarística en los días de fiesta un momento privilegiado de purificación y acción de gracias:

«Entonces, ¿tengo que ayunar después de haberlo recibido?». No digo esto, ni te obligo. Ciertamente sería bueno, pero no te impongo esto, sino que te exhorto a que no te entregues sin freno a los placeres. Pues si nunca conviene darse a los placeres, y esto lo declaró Pablo cuando dijo: *Mientras que la que lleva una vida disoluta, aunque vive está muerta* [1 Tim 5,6], mucho más morirá entonces. Y si los deleites son muerte para la mujer, mucho más lo son para el varón; y si en otro tiempo esto nos lleva a la perdición, mucho más después de la comunión de los Misterios. ¿Y tú, después de haber recibido el pan de vida, no te aterrorizas cuando haces cosas dignas de muerte?

¿Ignoras cuántos males se originan desde los placeres? Risas intempestivas, palabras inmoderadas, ligereza llena de perdición, bromas inútiles, y otras cosas que no es decoroso nombrar. Y todo ello lo cometes el mismo día en que gozaste de la Mesa de Cristo, aquel día en el que fuiste hecho digno de tomar su carne con tu lengua. Así pues, cualquiera que seas, para que no suceda esto, purifica tu mano derecha, tu lengua, tus labios, que fueron vestíbulo para la entrada de Cristo; considera el tiempo en el que acercaste y pusiste una mesa material, eleva tu mente a esa Mesa, a la Cena del Señor, a la vigilia de los discípulos en aquella noche, aquella noche sagrada. Más aún, si uno lo examina con atención, ve que todo lo presente es noche. Vigilemos, pues, con el Señor, entristezcámonos con los discípulos. Siempre es tiempo de oración, no de embriagueces, pero especialmente, en los días de fiesta. Pues los días de fiesta fueron instituidos no para obrar indecorosamente, ni para acumular pecados, sino para borrar cuantos hayamos cometido.

Y, efectivamente, sé que hablo en vano, pero no por eso dejaré de hacerlo; pues aunque no todos obedezcáis, seguramente tampoco todos desobedeceréis; más aún, si todos desobedecéis, mayor será mi recompensa y mayor también vuestra condenación. Sin embargo, para que ésta no se haga mayor, no cesaré de hablar,

porque tal vez, tal vez, a fuerza de perseverancia consiga mi fin. Por lo tanto, os exhorto a que no hagamos esto para [nuestra] condenación. Alimentemos a Cristo, démosle de beber, vistámoste [cf. Mt 25,35s.]. Estas son las cosas dignas de aquella Mesa.

¿Oíste himnos sagrados? ¿Viste una boda espiritual? ¿Fuiste admitido a la Mesa real? ¿Fuiste lleno de Espíritu Santo? ¿Cantaste en el coro con los Serafines? ¿Fuiste compañero de las supremas potestades? No deseches tanta alegría, no derrames el tesoro, no caigas en la embriaguez, madre del abatimiento, alegría del diablo, engendradora de mil males. Pues de ella procede el sueño semejante a la muerte y los sopores y la enfermedad y el olvido y la imagen de la muerte. Con razón, si no desearías encontrarte con un amigo cuando estés repleto de vino, ¿cuando tengas a Cristo dentro de ti —dime—, te lanzarías a tal embriaguez?

¿Es que amas los placeres? Cesa, por tanto, de embriagarte. Pues yo, ciertamente, quiero que disfrutes de los placeres, pero de los verdaderos, de los que nunca se marchitan. ¿Cuáles son esos placeres verdaderos, siempre en flor? Invita a Cristo a comer [contigo] [cf. Ap 2,20], hazle participante de tus cosas, o mejor dicho, de las Suyas; esto tiene un placer sin fin y siempre floreciente. En cambio, las cosas materiales no son así, sino que tan pronto como aparecen se disipan; y el que se entrega a ellas no está en mejor posición que quien no las goza, antes bien, en peor. Porque aquél está como anclado en un puerto, en cambio éste está como en un torrente y recibe el asedio de todos los males, de manera que no puede contener el ímpetu de esta tempestad.

Por tanto, para que no nos suceda esto, abracemos la moderación. Así gozaremos de buena salud temporal, y colocaremos nuestra alma en seguro, y finalmente seremos librados de los males presentes y venideros. Ojalá que, libres de ellos, consigamos el reino, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, [para quien sea] juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, gloria, poder, honor, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Como recoge el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 1386): “Ante la grandeza de este sacramento, el fiel sólo puede repetir humildemente y con fe ardiente las palabras del Centurión (cf *Mt* 8,8): «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme». En la Liturgia de san Juan Crisóstomo, los fieles oran con el mismo espíritu: *A tomar parte en tu cena sacramental invítame hoy, Hijo de Dios: no revelaré a tus enemigos el misterio, no te daré el beso de Judas; antes como el ladrón te reconozco y te suplico: ¡Acuérdate de mí, Señor, en tu reino!* (Liturgia Bizantina. *Anaphora Iobannis Chrysostomi*, Oración antes de la Comunión).

En la *Homilía 28, 1-3*⁴⁶ (PG 61, 231-235), a la luz de 1 Cor 11,28-34, Crisóstomo vuelve a temas anteriores y reafirma especialmente la necesidad de tener una conciencia absolutamente pura cuando uno se acerca a la Eucaristía. Enriquece su admonición con nuevos ejemplos, mostrando no tanto al hábil orador, como al verdadero pastor que no deja de llamar y de atraer hacia sí mismo al rebaño aún disperso y lejos de Cristo⁴⁷. Insiste en la necesidad de examinarse atentamente antes de atreverse a recibir el cuerpo y la sangre de Cristo y, sobre todo, hace hincapié en que nadie se sienta obligado, debido a la fiesta, a recibir la eucaristía con una disposición espiritual perezosa y mala. De la misma manera, tampoco se puede prohibir el acercamiento al banquete sagrado simplemente porque no sea un día festivo siempre que la persona esté preparada y purificada interiormente.

Examínese uno a sí mismo; y después coma del pan y beba del vaso [1 Cor 11,28].

1. ¿Qué quieren decir estas palabras, cuando es otro el argumento propuesto? Es una costumbre de Pablo, como ya antes os

⁴⁶ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 688-695.

⁴⁷ Cf. Gerardo di Nola (ed.), *La dottrina eucaristica di Giovanni Crisostomo...*, 38.

he dicho, exponer no sólo aquello que se ha propuesto tratar, sino que, si alguna otra cosa le sale al paso, la desarrolla también con todo cuidado, y especialmente cuando se trata de asuntos necesarios y urgentes. [...] Por eso también disertó tremendamente sobre esto, preocupándose por lo que es la suma de todas las cosas buenas, esto es, que se acercaran a los Misterios con una conciencia pura. Por lo cual, no contento con lo que anteriormente había dicho, añadió también esto, diciendo: *Examínese uno a sí mismo* [1 Cor 11,28]; lo que también dice en la segunda [Epístola]: *Poneos a prueba a vosotros mismos. Examinaos a vosotros mismos* [2 Cor 13,5]; no como lo hacemos ahora nosotros, acercándonos impulsados más por las circunstancias que por el deseo de la mente. Pues no nos preocupamos de cómo podremos acercarnos bien preparados, purificados de nuestras maldades y llenos de compunción, sino cómo lo haremos en las fiestas, y cuando lo hacen todos.

Pero no lo mandó así Pablo, sino que tenía por cierto que una sola era la ocasión oportuna para acercarse y comulgar: la pureza de conciencia. Pues si no participamos de la mesa material cuando estamos con fiebre y llenos de malos humores, para no perder la vida, mucho menos debemos participar de esta sagrada Mesa con bajas concupiscencias, que son peores que las fiebres. Cuando digo bajas concupiscencias, quiero decir las de la carne, las de las riquezas, las de la ira, las del rencor; en una palabra, todas las bajas pasiones. Quien se acerca a tocar este puro sacrificio conviene que se haya despojado completamente de todas estas cosas y que no se vea obligado a acercarse por causa de la fiesta, con ánimo perezoso y miserablemente dispuesto; ni, por el contrario, al que está de nuevo arrepentido y preparado se ha de prohibir acercarse por el mero hecho de no ser fiesta. Pues un día de fiesta es el ejemplo patente de buenas obras, y la piedad del alma, y el exacto cumplimiento de tus deberes. Si tienes esto, podrás estar en perpetua fiesta y acercarte siempre; por esto dice: *Examínese uno a sí mismo*, y entonces acérquese. Y no manda que se examinen unos a otros,

sino que cada uno se examine a sí mismo, estableciendo un juicio privado y una prueba sin testigos.

Según Crisóstomo, la celebración de la eucaristía se convierte en castigo para quienes participan de ella indignamente. Esto explica por qué algunos han muerto. Es ilícito acercarse o entrar en contacto con la mesa del Señor lleno de codicias profanas del cuerpo, o de dinero, de ira o de maldad. Quien profana el sacramento viene a ser como un sacerdote que derrama sangre de tal manera que la muerte, en vez de hacer que parezca un sacrificio, hace sencillamente que parezca una carnicería. La preparación antes de la comunión vale más como aviso que como condena, más como cura que como venganza y más como corrección que como castigo⁴⁸.

Pues el que come y bebe sin distinguir ese Cuerpo, come y bebe su propia condena [1 Cor 11,29] ¿Qué dices? —dime—. ¿La causa de tantos bienes, y la Mesa que rebosa de vida, esa misma se hace condena? No por su naturaleza —dice—, sino por voluntad del que se acerca. Pues de la misma manera que su venida, que nos trajo aquellos grandes e inefables bienes, condenó más a los que no la recibieron, así también los Misterios son provisiones para un mayor castigo para quienes los reciben indignamente.

¿Por qué come su condena? *No distinguiendo el cuerpo del Señor*. Es decir, no examinando, no pensando, como conviene, en la excelencia de los bienes propuestos; no reflexionando en la magnitud del don. Pues si conocieras con precisión quién es el que se te propone y, siendo quien es, a quién se da, no necesitarías ningún otro argumento, sino que esto te sería suficiente para andar con cuidado, a no ser que estuvieses muy caído.

⁴⁸ Cf. Gerald Bray, *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia...*, 172; E. Cattaneo, *Monumenta Eucharistica. La testimonianza dei Padri della Chiesa*, Edizioni Dehoniane, Roma 1994, vol. I (I-IV secolo), 533-738, especialmente p. 550.

Por esto [hay] entre vosotros muchos débiles y enfermos, y mueren bastantes [1 Cor 11,30]. Aquí ya no trae ejemplos de otros, como lo hizo en el caso de las cosas inmoladas a los ídolos, contando historias antiguas y los castigos recibidos en el desierto [cf. 1 Cor 10,1-14], sino de los mismos corintios, lo cual también hacía más impresionante su discurso. Pues como decía *Come su propia condena* [1 Cor 11,28] y *Será reo* [1 Cor 11,27], para que no pareciese que hablaba por hablar, añade hechos también y los cita a ellos mismos como testigos, sobrecogiéndolos, más que con la conminación, con la presentación de las amenazas puestas ya en ejecución. Sin embargo, no se contentó con estas cosas sólo, sino que después de esto también introdujo el tema del infierno, aterrándoles por ambos lados, y solucionando una pregunta que se presentaba en todas partes; porque ya que muchos se preguntan entre sí la causa de las muertes prematuras y de las largas enfermedades, les responde que muchos acontecimientos inesperados tienen como fundamento los pecados.

[...] Pues quien se acusa a sí mismo, de dos maneras aplaca a Dios, reconociendo sus propios pecados y haciéndose más precavido en el futuro. Pero puesto que ni siquiera queremos hacer esto tan insignificante, como era necesario hacerlo, no nos quiere castigar, a pesar de todo, con este mundo, sino que incluso nos perdona eligiendo el castigo en este mundo, donde temporal es la pena y grande la consolación; pues hay perdón de [los] pecados, y una útil esperanza de los bienes futuros que suaviza los males presentes.

Y dice estas cosas para consolar a los débiles y, al mismo tiempo, para hacer más diligentes a los otros. Por esto añade: *Pero al ser castigados somos educados por el Señor* [1 Cor 11,32]. No dijo «Somos castigados», no dijo «Somos atormentados», sino *Somos educados*. Pues lo que hace es más advertencia que castigo, más medicina que suplicio, más corrección que condenación. Y no esto solamente, sino que con la amenaza de un mayor castigo hace ligero lo

presente, diciendo: *Para no ser condenados con el mundo* [1 Cor 11,32]. [...]

Y esta preparación para la comunión queda de nuevo indisolublemente unida al trato otorgado a los pobres. Sugiere la exclusión del banquete eucarístico a quienes los desprecien:

De manera que, cuando os reunáis a comer, esperaos unos a otros [1 Cor 11,33]. Pues mientras dura el temor y persevera el temblor por el infierno, quiere de nuevo introducir la exhortación a favor de los pobres, por cuya causa ha dicho todas estas cosas, mostrándoles que si no ponen en práctica esto son indignos de comulgar. Pero si no dar de nuestros propios bienes aparta de aquella Mesa, mucho más lo hace el arrebatar lo ajeno. Y no dijo «De manera que cuando os reunáis, dad a los necesitados», sino algo más noble, *Esperaos unos a otros*. Pues esto preparaba e indicaba también aquello e introducía la exhortación de modo conveniente.

Luego, para avergonzarles, añade: *Si alguno tiene hambre, coma en casa* [1 Cor 11,34]. Y con esta permisión lo impidió, e incluso más eficazmente que si lo hubiese prohibido. Sacó a ése de la Iglesia y lo envió a su casa; y de esta manera les cohibió enérgicamente, presentándoles como esclavos del vientre e incapaces de contenerse. Pues no dijo «Si alguno desprecia a los pobres», sino *Si alguno tiene hambre*, hablando como a niños impacientes, como a animales esclavos del vientre. Porque ciertamente hubiera sido ridículo decir que por causa del hambre tenían que comer en casa.

Pero no le bastó esto, sino que añadió también otra cosa más terrible, diciendo: *A fin de no reuniros para [vuestra] condena* [1 Cor 11,34]: para que no incurrierais en castigo ni en suplicio injuriando a la Iglesia, avergonzando al hermano. «Porque os reunís por esto –dice–, para amaros, para ayudar, para ser ayudados; pero si sucede lo contrario, es mejor que comáis en casa».

Esto, sin embargo, lo decía para atraerlos más; pues les mostró de este modo el daño que de allí resultaba, y dijo que no era pequeña la condena, y de todas partes tomó argumentos para infundirles temor: de los Misterios, de los enfermos, de los que habían muerto, de todas las otras cosas antes mencionadas. [...]

3. Oyendo, por tanto, todas estas cosas, tengamos gran cuidado de los pobres, y moderemos nuestra gula, y librémonos de la embriaguez, y procuremos participar dignamente de los Misterios, y no nos apenemos con las cosas que padecemos, ya sea en nosotros mismos, ya sea en otros, como cuando suceden muertes intempestivas o largas enfermedades. Pues esto es liberación del castigo, esto es corrección, ésta es la mejor advertencia.

El tema de la eucaristía es retomado en la *Homilía 34, 2⁴⁹* (PG 61, 287-288). Crisóstomo está comentando 1 Cor 13,12 donde Pablo habla del conocimiento incompleto que solo será perfecto en la vida futura. El antioqueno realiza una actualización del texto comparando la Pascua judía y la Pascua cristiana:

[...] *Abora conozco de manera incompleta, entonces conoceré del todo, tal como soy conocido del todo* [1 Cor 13,12]. ¿Ves cómo doblemente tiró abajo su orgullo? Porque, por un lado, su conocimiento es en parte, y por otro, porque ni siquiera éste lo tienen de ellos mismos. [...].

Pero para que pueda ser más claro cuanto vengo diciendo, pasaremos a tratar de otra cosa que entonces se realizaba místicamente, y entonces te darás cuenta de cuán grande es la diferencia. Y si te parece, presentaremos aquella Pascua y ésta, y así comprenderás la superioridad de ésta. Pues los judíos ciertamente la celebraban, pero la celebraban «como en espejo y en enigma».

⁴⁹ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 845-847.

En cambio estos inefables misterios ni siquiera se les habían concebido jamás, ni tampoco comprender qué era lo que aquéllos anunciaban. Sólo veían el sacrificio del cordero, y la sangre de aquel animal, y las puertas teñidas con ella; pero el que el Hijo de Dios encarnado había de ser sacrificado, y que había de libertar al mundo entero, y que había de dar a gustar esta sangre a griegos y bárbaros, y que había de abrir los cielos a todos, y enriquecer con las cosas de allá al género humano; que esa carne ensangrentada la había de subir sobre el cielo, y sobre los cielos de los cielos, y, en una palabra, sobre los ángeles, arcángeles y el ejército de las otras virtudes, para colocarla en el mismo solio regio, a la derecha del Padre, brillando con la gloria inefable; esto, en verdad, ni ellos ni ningún otro hombre vislumbró ni pudo entonces sospecharlo.

En la *Homilía 36*, 5⁵⁰ (PG 61, 313) desciende a detalles acerca del modo de comportarse en una iglesia relacionándolo con la celebración eucarística:

Pues la iglesia no es una barbería, ni una perfumería, ni otra oficina de las que hay en la plaza, sino lugar de ángeles, lugar de arcángeles, reino de Dios, el mismo cielo. Por tanto, lo mismo que si uno te introdujese en el cielo, aunque vieras allí a tu padre o hermano, no te atreverías a hablarles, así tampoco aquí conviene hablar nada, excepto de cosas espirituales; porque también aquí está el cielo.

Y si no lo crees, mira esta mesa; acuérdate de por qué causa está aquí, y por qué razón; piensa Quién es el que viene aquí, quédate pasmado incluso antes de tiempo. Porque si uno viese solamente el trono real, se levantaría en espíritu, esperando la salida del rey. Y tú, por tanto, también debes llenarte de temor y reverencia aun antes del momento tremendo; levántate, y antes de ver

⁵⁰ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 919.

extendidos los manteles y al coro de los ángeles que viene delante, elévate al mismo cielo.

En la *Homilía 41, 4-5*⁵¹ (PG 61, 360-361), Crisóstomo insiste en la necesidad y la oportunidad de ayudar a los fieles difuntos, tanto con oraciones como con buenas obras. Sobre las oraciones, hace referencia a la liturgia eucarística. Esto también aparece en otros escritos suyos, como en la *Homilía 3, 3* sobre la *Carta a los Filipenses*⁵².

[...] «Pero ahora no sé dónde se ha ido [el difunto]» –dice–. ¿Por qué no lo sabes, dime? Pues tanto si vivió con rectitud o de otra manera, es evidente dónde irá. «Por esto precisamente me lamento –dice– porque se fue siendo un pecador». Esto es un mero pretexto y una excusa. Pues si esta fuera la razón de tu lamento por el que se ha ido, deberías haberlo transformado y corregido cuando estaba vivo. Pero tú miras en todas partes lo que te concierne a ti, no a él.

Pero si murió siendo un pecador, incluso por esta razón uno debe alegrarse, porque han sido interrumpidos sus pecados, y no se añadió a su iniquidad; y ayudarle, tanto como [te] sea posible, no con lágrimas, sino con oraciones y súplicas y limosnas y ofrendas. Pues no sin sentido se han ideado estas cosas, ni en vano

⁵¹ Cf. I. Delgado Jara, *Obras de San Juan Crisóstomo IV...*, 1053-1055.

⁵² Cf. PG 62, 204: “No en vano los apóstoles determinaron por ley el que se hiciera conmemoración de los muertos en los tremendos misterios. Conocían que esto les sería provechoso y útil. Cuando todo el pueblo está con las manos extendidas, y también la asamblea de los sacerdotes, y está presente aquel sacrificio que inspira temor, ¿cómo no hemos de aplacar a Dios, orando a favor de ellos?”. Traducción extraída de J. Solano, *Textos eucarísticos primitivos. I. Hasta fines del siglo IV...*, 643-644.

Cf. también E. Cattaneo, *Monumenta Eucharistica. La testimonianza dei Padri della Chiesa...*, 552.

hacemos mención de los difuntos durante los divinos misterios, y nos acercamos [a Dios] en su nombre, implorando al Cordero que está ante nosotros, que quitó el pecado del mundo; [no en vano], sino para que algún consuelo pueda de aquí llegarles. No en vano aquél que asiste al altar clama cuando los tremendos misterios se celebran: «Por todos los que murieron en Cristo, y por aquellos que por tales celebran estas conmemoraciones». Pues si no hubiera conmemoraciones por ellos, estas cosas nunca hubieran sido dichas. Porque nuestro servicio no es una mera representación, ¡Dios no lo permita!: pues por ordenación del Espíritu se hacen estas cosas.

5. Prestémosles por tanto ayuda, y celebremos por ellos conmemoraciones. Pues si a los hijos de Job purificó el sacrificio de su padre [cf. Job 1,5], ¿por qué dudas de que cuando nosotros también ofrecemos [el sacrificio] por los difuntos algún consuelo se eleva hasta ellos? Pues Dios suele gratificar a unos por otros. Y esto lo manifestaba Pablo diciendo: *Para que ese beneficio que nos hacéis muchas personas, sea conseguido por la oración de muchos* [2 Cor 1,11]. No nos cansemos entonces de prestar ayuda a los que murieron, ofreciendo en su nombre oraciones; pues la común expiación del mundo entero está ante nosotros. Por esto con confianza rogamos entonces por el mundo entero, y los nombramos con mártires, con confesores, con sacerdotes. Pues en verdad un solo cuerpo somos todos, aunque algunos miembros son más gloriosos que otros miembros: y es posible por cualquier fuente procurar perdón para ellos, por nuestras oraciones, por nuestros dones en su nombre, por aquéllos que se nombran junto con ellos. ¿Por qué, entonces, te lamentas? ¿Por qué gimes, cuando está en tu poder procurar tanto perdón para el que murió?

IV. A MODO DE CONCLUSIÓN

La doctrina eucarística de san Juan Crisóstomo recogida en las *Homilias sobre la Primera carta a los corintios* deriva de la exégesis de los textos paulinos. El sacramento es contemplado desde esa óptica. A su vez, su enseñanza se asienta en las líneas maestras de la cristología de Pablo, principalmente en la centralidad del misterio de la muerte y resurrección de Jesús. Para Crisóstomo la eucaristía es, ante todo, el memorial de este acontecimiento, la sacramentalización del misterio pascual.

Insiste en la identidad entre el banquete eucarístico y el de la última Cena. La tradición de partir el pan y compartir el vino deriva de aquel gesto, de tal modo que, en cada eucaristía, es el don mismo de Cristo quien vuelve a llenar el pan y el vino. De forma similar, identifica también el sacrificio de Cristo en la eucaristía con el de la cruz. La eucaristía se convierte en presencia real de ese acontecimiento. El cuerpo que murió en la cruz y que no le llevó a la muerte es el mismo que se nos da a comer.

Aparecen a su vez diferentes alusiones al Jesús histórico que se hace presente en la eucaristía. Por ejemplo, el cuerpo que los magos adoraron en el pesebre está ahora en el altar en brazos no de María, sino del sacerdote. Ahora este cuerpo de Cristo lo vemos en la tierra, lo tocamos, lo comemos, lo llevamos a casa. Se trata de una presencia real, pero no sensible; presencia únicamente accesible desde la fe, una presencia que tiene lugar por medio de la conversión del pan y del vino.

La comunión lleva a la unión con Cristo y a la unión con todos los miembros de la comunidad cristiana. Con el símil de los granos de trigo que constituyen un único pan, Crisóstomo habla de esta unión y de cómo, superando las afinidades humanas, a partir de la eucaristía se configura el cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. La doctrina eucarística de Crisóstomo remite también al Espíritu Santo desde una doble perspectiva: se nos da en la eucaristía y, a su vez, nos da la eucaristía.

Finalmente, cabe destacar cómo las *Homilias* tienen un fuerte carácter parenético que nace de los aspectos doctrinales subrayados. Si el sacramento supone adentrarnos en el mayor acto de entrega de Jesús, esto implica a su vez entrar en esta misma dinámica. Desde esta perspectiva, Crisóstomo pone el acento en la atención a los pobres y en el modo en que han de ser tratados por aquellos que participan en el mismo banquete eucarístico. Recuerda, a su vez, que la gracia del sacramento requiere que se reciba adecuadamente. Sin ello, la eucaristía se hace ineficaz.

Podemos concluir nuestro artículo compartiendo las palabras del patrólogo Berthold Altaner, cuando apunta que «por lo que se refiere a la doctrina católica sobre la Eucaristía, Crisóstomo es el testimonio clásico de la antigüedad cristiana»⁵³.

⁵³ Cf. *Patrología...*, 305.